

LA TRAMOYA POLITICA

El nuevo Estatuto municipal

La actualidad de la vida política española se refleja en estos momentos, concentrada en toda su máxima atención, sobre la promulgación del nuevo Estatuto que ha de regir la mecánica administrativa de los municipios. Conocemos hasta la fecha el extracto, el esquema de la nueva obra del Directorio, elaborada por el Director de Administración local Sr. Calvo Sotelo; obra compleja, de una profusión de detalles de organización y de engranaje, vasta en su articulado y minuciosa hasta el alambicamiento. Sin que pretendamos examinar, analizando, desentrañando, descuartizando su cuerpo orgánico, el Estatuto recién promulgado, cosa que aplazamos para instantes de mayor oportunidad, queremos hoy poner una apostilla, un comentario sucinto a la aplicación que la nueva ley ha de tener en la realidad política española.

No es posible desconocer la profunda remoción operada en las entrañas de la estructura política nacional por la obra revolucionaria del Directorio que nos gobierna. Desfiguradas por una laceración implacable, las instituciones orgánicas de nuestra antigua política, trasmutados los organismos y corporaciones por una renovación radical de fenómenos y de formas, aparece el nuevo Estatuto municipal cuando todavía no se ha sedimentado la vigorosa transformación y el hondo sacudimiento. Más aún; gemían las prensas que producen la *Gaceta* oficial, pariendo el articulado del Estatuto y los Ayuntamientos españoles estaban sometidos a una segunda operación de cirugía que podaba las organizaciones de asociados que automáticamente sustituyeron a los viejos Consejos por una modalidad de elección facultada con ilimitados poderes a los Delegados militares que articulan la delegación de la autoridad gubernativa. Es decir que sorprende la publicación de un Estatuto municipal, cacareado con profusión a imagen y semejanza del *home rule* inglés y de la democracia exquisita del *referendum* suizo, cuando los municipios de España se estaban integrando por la sola facultad de elección y valoración de los Delegados gubernativos...

Pero bien. Juzgando por un momento, ejemplar y perfecta la obra legislativa del Directorio, en orden a la mecanización administrativa y política de los Concejos españoles, ¿qué capacidad de preparación ofrece el ambiente ciudadano español para recibir un estado político que se funda en un matiz de exquisita intervención de la ciudadanía en la gobernación de los organismos municipales? ¿Está preparada España, estamos capacitados los ciudadanos españoles, y singularmente, está preparada la ciudadanía rural—que configura y absorbe casi todo el mapa político de la nación—para ejercer un ministerio político reflejado de la finísima sensibilidad política del pueblo inglés? He aquí la verdadera raíz del problema. La adaptación, la aclimatación de un régimen de autonomismo municipal a una realidad política como la española, que aún hiede de humores y de lacras que pustuló la vieja corrupción ancestral y está viva en el torrente circulatorio de una nación sin alma y sin espíritu, como un cáncer... ¿Responderá la sensibilidad de nuestra patria, la sensibilidad pública española a este ensayo de autonomía municipal? ¿Acaso no estamos a presencia de una estructura política muy semejante a la rusa de los zares para recibir la semilla fecunda de un régimen de comunismo y de valorización obrera? La obra de Lenin, iluminada por las brasas más vivas y rútilas del dogmatismo marxista ¿podía germinar aún con toda la potencia poderosa de ideal en un páramo yerto de secas y exhaustas energías, en un pueblo todavía dolorido por las cadenas de una esclavitud centenaria? Y Lenin, el rígido dogmático, el austero y puro intérprete del doctrinarismo de Marx, hubo de conformar, de transigir, de amoldar, de encajar la estruc-

tura de su ideología con una realidad política no preparada para recibir las semillas de una siembra que hubiera esterilizado la sequedad espiritual del pueblo ruso...

¿Democracia municipal, voto femenino, autonomía administrativa, desligamiento de los poderes centrales, soberanía económica, ciudadanía de *referendum*...? Pero es posible encender tan pronto la pira de un ideal austero y político en el alma burda, espesa, castrada y analfabeta de esta gleba española tan pobre, tan cretina, que aun tiene manchadas las manos de lodo y aun le sugestionan las monedas de los logreros que hacen unas fechas venían a comprar su conciencia y su representación parlamentaria? ¿Pero vamos a entregar la administración pública a esta muchedumbre rural, a esta multitud maloliente insensible a todos los dolores de España, horra de toda emoción intelectual, seca como estos terrones de Castilla calcinados por el sol tórrido de todas las inclemencias?

Juzgamos prudente no anticipar nuestro criterio sobre el valor de nuestro Estatuto municipal. Ni nos sería permitido por la censura ni se estimaría recto de intencionalidad y exprimido de prejuicios. Digamos, tan sólo, con Federico Nietzsche: «Hay que ser superior a la humanidad en fuerza, en espíritu y hasta en desprecio...»

Un bello cuento de «Azorín».

Llueve. Una lluvia torrencial y vasta que empapa la tierra y la satura de humedad. ¿Qué hacer en el pueblo gris, velado por las grandes sábanas de lluvia que canturrean en las canales y en las ruas con un tamborileo monótono? ¿Enzarsarse en una partida canónica de tresillo, «encimar» una puesta, debatir con unos señores sobre la procedencia de «endosar» una jugada? Preferimos entregarnos a la delección de un bello libro. Y abrimos este primoroso compendio de emociones que se titula «Antonio Azorín». He aquí un bello y sugestivo cuento: Dios estaba contento de su obra al terminar de amasar la argamasa del mundo. Las criaturas por el creadas eran felices. Mas llegó un día en que se tornaron tristes. Una niebla de turbulencia espiritual agitó las entrañas del universo. Y todos convenían en que el origen del cataclismo procedía de la inteligencia radicada en las criaturas por el Hacedor. Entonces las criaturas pidieron a Dios que les quitase la inteligencia. Mas ante la disparidad de pareceres, Dios, escogió la manera de contentar a todos. Y les dijo: No quiero quitaros la inteligencia, pero os faculo para que en adelante el que quiera dejar guardado en su casa tan esclarecido don, haga lo que le plazca. Y partieron contentos los hombres de las «estancias celestiales». Y se apresuraron a guardar la inteligencia en los cajones, en los armarios de sus viviendas. Y sucedió que algunos hombres no volvieron a sacar la inteligencia de sus casas. Y estos hombres cuando les preguntaban por la inteligencia, contestaban: ¡Ah! «La tengo muy bien guardada en casa.» Tal sencillez encantadora originó que a estos hombres simpáticos y corteses, se les llamara *políticos*. Y por su cortés y afabilidad les fué entregada la administración de las ciudades. Y así transcurrieron muchos siglos. Mas las gentes descubrieron al cabo que estos buenos hombres que no llevaban la inteligencia en la cabeza, no la tenían tampoco guardada en su casa. Y entonces los pueblos clamaron contra el engaño. Imposible. La tradición estaba creada. Y los hombres sin inteligencia en la cabeza ni en los cajones de sus casas, siguieron regentando las Alcañías de las ciudades...

Sigue lloviendo. El agua canta como una epifanía en la tierra fecunda. El cielo parece una sonrisa de Dios, enternecido por la singular estructura de sus criaturas que pueden fingir su inteligencia diciéndole que la tienen guardada en los armarios de su casa...

PINCELES Y LIENZOS

¿Nadie en su tierra es profeta...?

Nos molestan las consagraciones... Las aceptamos muchas veces, pero nos producen un visible malestar. En unas ocasiones las aceptamos con respeto, en otras con agrado, en otras con pocas reservas... Y es que las consagraciones, casi siempre, son áridas y tristes. Por eso nos complace presentar hoy en estas páginas al joven pintor Honorio García Herrera, nacido en Almagro, donde tan sólo permaneció los primeros años de su infancia, y a cuya inspiración son debidos los dibujos a pluma insertos en el anterior número de LA TIERRA HIDALGA, como ilustraciones al trabajo informativo titulado «Las aventuras del placer». Nada más llano para nosotros que haber encargado esos dibujos a un artista de más «fama», de más «nombre», de los vicios que nos tienen ofrecidos reiterada y graciosamente sus trabajos. Nuestra preferencia, sin embargo, se inclinó por el artista almagreño, todavía no destacado del clarescuro modesto y silencioso. Y mereca, indudablemente, destacarse. Asistió en Ciudad Real, con perseverancia y estímulo, a la Escuela de Artes y Oficios, teniendo de profesor a su actual presidente D. José Ordoñez. Después, en Madrid, perfeccionó sus cualidades, haciendo oposiciones con éxito a la Real Academia de San Fernando, de donde es aventajado alumno.

Sus obras son ya bastante numerosas; cuadros al óleo de una bien acabada eintonación, entre los que figuran «Efecto de Sol—Jeroche de luz y colores», «Germana»—luminosamente sentido—«Rosa»—de una exquisita expresión romántica—«Retrato» del escultor Felipe García Coronado—plante insuperable de técnica—; «Autorretrato—detalle exacto del «Redo el» que ha puesto «en si-

mismo», y otras meritorias producciones de no menos valor pictórico, en las que su arte, su personalidad, su estilo, destellan con fulgores propios. Actualmente pinta un cuadro de amplias proporciones—tres metros de ancho por uno y medio de alto—que destina a la Exposición Na-



Honorio García Herrera.

cional que ha de abrirse en la Corte en Mayo próximo, titulado «Sin hogar», cuya composición encierra tres figuras en una imponente actitud de dolor y de tormento. Ha de ser este cuadro una maravilla constructiva y un acuerdo de asunto, de intención y de espíritu. Abriremos por las razones apuntadas la firme e íntima creencia de que nuestra Diputación

De la España negra

EL REY CRETINO

El Rey Cretino tiene un jardín,
el jardín fúnebre de sus Estados,
y en el confin
la plazoleta de los ahorcados.

Ama a las mozas el Rey Cretino,
le gusta el vivo carmín del vino;
ama la gula y ama el dinero,
pero prefiere las verdes cruces del quemadero...

Las verdes cruces dicen el sitio
de las hogueras
donde murieron achicharrados los heresiarcas,
que el Rey no quiere que haya hechiceras,
ni haya quien niegue los rancios ídolos
de sus comarcas.

Si sopla el viento
en la glorieta de los ahorcados,
cual viejos péndulos de ritmo lento
baten los cuerpos acompasados...

Y en las vernaes noches tranquilas,
cuando la vida de los nidales vibrar se siente,
bajo la luna, son las pupilas
de viva plata fosforescente...

Cuando la roja musa del vino
enciende el alma del Rey Cretino,
va a ver, seguido de sus queridas y sus soldados,
la plazoleta de los ahorcados.

Son los que alzaron contra los vulgos su rebeldía,
los que sintieron deslumbramientos de poesía;
pasto de cuervos son ya sus turbios ojos vidriados,
¡que el Rey no quiere que haya poetas en sus Estados...!

El Rey no quiere que haya poetas;
a los que cantan el Rey flagela con dura mano...
¡Que nadie turbe las aguas quietas
de su pantano...!

El Rey no quiere que haya filósofos ni redentores,
los que predicán el luminoso credo sincero;
que no haya sabios ni haya inventores...
¡Y el Rey Cretino es el Monarca del mundo entero...!

Tras los festines, tejen su danza
las bailarinas de pies alados,
y neciamente las crasas manos sobre la panza—
el Rey Cretino tiene los ojos siempre cerrados...

Y eternamente los pobres locos del Ideal,
los que en el alma llevan un mago sueño divino,
se balancean, bajo amarilla luna espectral,
en la glorieta de los ahorcados del Rey Cretino.

EMILIO CARRERE.

Provincial—que preside un poeta, es decir, un temperamento comprensivo para las emotividades artísticas—pensionará llegado el oportuno instante, al notable pintor, hijo de esta Ciudad, Honorio García Herrera. Quiere LA TIERRA HIDALGA desmentir el zafio lema, la socorrona y despedada afirmación de que «nadie en su tierra es profeta», de que a nadie, entre los suyos, se le reconoce su valor... Y para demostrar que no somos nosotros, por vínculos de paisanaje, de amistad o de flaqueza venébol, quienes nos explicamos de este modo justo y laudatorio, concedemos asimismo hospitalidad al siguiente artículo que desde Madrid se nos remite:

Artistas Manchegos

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.

(KEAPIS, LIB. II, CAP. VI.)

Unos días después de haber conocido al joven pintor Honorio García Herrera, me invité a que conociese sus trabajos. Satisfecho su deseo quise oír mi parecer respecto a ellos, y entonces yo, que rindo culto a la sinceridad, le dije: Para ser artista, es necesario aprovechar el tiempo en trabajos serios, estudiando buenos modelos, y sobre todo, estudiando lo natural en la vida y en el mundo. No hay que llegar a lo extravagante y lo ridículo por el afán de perseguir lo excesivamente original. Lo afeado va siempre en contra del arte, y en vez de ser una norma de progreso es un estertor de decadencia. Toda obra artística, para ser grande, para ser inmortal debe ser arrancada de la inagotable contera de la vida, y hermoceada, embellecida, por la emanación psíquica del artista, por su inspiración. Esto es; que la manifestación más suprema del arte, es aquella que expresa bellamente las manifestaciones naturales de los seres y las cosas. Si queremos conseguir tal objeto, debemos ser sencillos, naturales y ponerlos en guardia contra los asaltos de la vanidad; cerrar nuestros oídos con los cándidos de la reflexión, para no dejarnos influenciar por el elogio inmerecido, ese enemigo solapado de la juventud. El que nos elogia, nos acaricia; el que nos critica nos hierre; pero el que nos alienta, no hace más que aflojar nuestras cadenas haciéndonos felices un momento, y el que nos hierre, corrigiendo nuestras faltas, rompe las cadenas de nuestra esclavitud destruyendo nuestra egolatría, y nos hace felices para siempre; porque además de artistas nos hace redentores. Y entonces le recordé aquel párrafo magnífico de mi querido amigo y maestro Salvador Sellés, que dice: «Cuando Miguel Ángel vió su patria esclavizada, esculpió la imagen de la Noche y trazó a sus pies este verso silencioso:

«Grato es dormir mientras la infamia dura». Mas rehaciéndose de pronto, talló la estatua de Moisés, y dando en su peana un fuerte golpe con el férreo mazo, rugió: «¡Parla! ¡Parla! y enciende con tus fuegos antes a estos nuevos esclavos de Faraón.»

Y es así como debe ser el artista; fuerte para defender al caído y rebelde contra los tiranos. La rebeldía es el distintivo de los genios, y todos los esfuerzos del genio deben ser encaminados a un sólo fin: a mejorar la especie humana educando a sus semejantes para hacerlos menos desgraciados.

Ha pasado algún tiempo, y de nuevo he vuelto a visitar el estudio del artista, y esta vez, he podido notar que Honorio, es uno de esos pocos jóvenes que llevan en sí la facultad innata de asimilarse la parte buena de todo aquello que flota en su alrededor; pues parece inverosímil que, en unos cuantos meses, haya progresado de un modo tan notable. Ahora, en sus cuadros, no se ve como antes la desorientación y la incertidumbre del principiante, sino la obra consciente y firme de un joven maestro. En su *Retrato* a mi buen amigo el joven escultor Felipe García Coronado, usa el pintar de sus facultades, sencillamente con acierto. Y en otro retrato de mujer que titula «Germana» hace un verdadero alarde de líneas, de colorido y de expresión.

C. VÁZQUEZ AMBRÓS.

Madrid, 12 Marzo 1924.

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camaño Beneytes, Director; David Rayo, Redactor Jefe; Jesús Gómez Rodríguez; Redactor y Administrador; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpo, Ramón Cañizares, José Almodóvar Múgica, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cañas.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Calatayud, Angel Dotó, Francisco Tolsada, Luciano de Ces, Ramón Carande, Migue Sánchez Millagón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marínoli, Ramón Ordóñez Boixer, José Ramón Quessada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Buiz, Mercedes Pinto y Antonio Alarcón Capilla.

CUENTO

PREDESTINADOS

En el vespéro de la tarde maravillosa, el sol está cual una bendición sobre la tierra sa'picada de flores, impregnando con su perfume delicioso todos los ámbitos, y besando, en un supremo beso de amor, a la Naturaleza toda cual si éstá, allá arriba, quisiera celebrar sus fiestas nupciales con el Astro Rey que presidia, con su cortejo celeste, tan mágico concierto.

Los pájaros, con su gorjeo inimitable, despedían al día formando con sus arpeggios musicales la melodía más tierna e inspirada que los divinos músicos pudieron soñar para sus inspiraciones más excelsas...

Toda la Naturaleza, en fin, parecía haberse combinado, para ofrecerse en holocausto de una primavera, risueña y alegre, la primavera de la vida.

Caminando sólo, pensativo, abstraído en sus meditaciones, que le llevaban a recordar aquella frase de «en la contemplación de la mujer querida hay como un reposo definitivo». Alberto, en la quietud de la tarde, apenas alterada—a no ser por los ásperos cantares de los rudos campesinos que regresaban maltrechos y doloridos, de ofrecer a la tierra el copioso fruto de su sudor mal retribuido—pareaba por el jardín que circundaba el recinto de su casa «la íntima», único legado de sus ascendientes y al pasear rememoraba y bendecía al Destino, que, en forma de mujer, vino a ser en el eterno páramo de su existencia, oasis florido donde cobijar sus inquietudes y sentimientos más intensos.

Esas inquietudes no eran de extrañar para quien conociese la intimidad del corazón de nuestro protagonista. Alma sensible, temperamento de poeta, eterno romántico enamorado de su ideal, su juventud se había reducido a la vulgaridad peculiar de la vida en los pueblos y aldeas; el amor hacia la tierra que le, que guardaba como un trofeo la hidalguía de sus antepasados, y el otro amor (oh sublime amor!) que sentía hacia María, joven de ojos negros como la noche tormentosa, de faz arrebatada por los encantos de la primera juventud y de porte señorial que contrastaba con los andares monorrítmicos de su cuerpo gracil y sensual, y que en un día ya lejano por el tiempo, pero no por el recuerdo, fueron el sup. emo. encanto de su vida, que ella con sus desprecios falaces, trató de destruir mintiéndole un amor que estaba muy lejos de sentir y que para él hubiera sido la plegaria más férvida entonada en su loor y alabanza.

Y así, de esta manera pensando, hubiese caminado a su vez, hasta que la noche extendiera sobre él y la tierra que le cobijaba su manto negro y tenebroso, principio para todas las procaçidades y excesos, si una voz dulce y armoniosa, no le hubiese traído al mundo de la realidad; vez que hizo vibrar en un espasmo de p'ar su cuerpo y acompasar sus pasos hasta el momento que unos labios le brindaron una sonrisa prometedora de los mayores sacrificios.

La que de esta manera hizo obrar el milagro era su Aurora, su mujer, que de retorno de un paseo se presentaba ante él con un ligro tinte rosáceo en sus mejillas, que constituía—con las cejas finas y perfectamente curvas bajo las cuales los fosforescían como el azabache sus grandes pupilas negras, y juntamente con su cabello alborotado en rizos que tenía bajo la luz transparencias opalinas—una cabellera nimbada por un halo de prodigio, que semejaba una de esas aureolas de santidad que tienen las imágenes en los lienzos más ícos, con la diferencia que caracterizaba su boca que exprimía el zumo de aquél amor ya maduro...

Juntos una vez más, e iniciado el retorno hacia el hogar feliz, Alberto, embriagado de amor, le recitó cual madrigal ardiente, la historia de aquellos amores, como es, que vino a ser como el compendio de dos vidas aunadas por un mismo dolor y que se desarrolló como sigue:

Allí, en el corazón de la Mancha, en un pueblo que aún guardaba los vestigios de su pasada grandeza, conoció Alberto a Aurora—que había ido a pasar allí una temporada al lado de unos cercanos parientes de sus padres—en un día frío y nebuloso del invierno. Levada allí con el principal objeto de que cauterizase la llaga que le produjo en su corazón los desvíos de un joven, sin otro bagaje «intelectual» que el de su fortuna, bien pronto se es ablició entre ambos jóvenes una corriente de aproximación, producto de la igualdad de sus sentimientos, y una vez puestos en el plano de las confidencias a que tan acostumbrados eran, pronto supieron el uno y el otro sus secretos más íntimos.

De esta manera pasó algún tiempo y ya fuese que a Alberto le cautivase aquella joven o como consecuencia de la fuerte compenetración amistosa de ambos, lo